

EL MOVIMIENTO CIENTIFICO EN LA ESPAÑA ACTUAL

Américo Castro: filólogo joven, fué discípulo de Menéndez Pidal; hoy es su colaborador, con rumbos propios. Interesado en los problemas de España, quizá exagera tintes negros, pero sincero y utilísimo para apreciar las direcciones de la juventud española.

SI alguna vez tuve el propósito de escribir sobre la situación de mi país en el dominio de la investigación científica, siempre me detuvo el recuerdo de las graves palabras de Giner de los Ríos: «estamos en deuda con el mundo; necesitaríamos devolver a otras naciones siquiera la centésima parte de lo que recibimos de ellas». Tomando ese punto de vista, ciertamente es aun muy pronto para hablar en el extranjero de lo que España hace. Pero mi amigo Achille Pellizzari me pide que informe a los lectores de «La Rassegna» acerca de algunos aspectos de la vida moderna de mi patria. Italia y España deben conocerse algo más, me dice. Y ante el afectuoso requerimiento, me decido a escribir, pensando que si el valor absoluto de nuestra productividad científica es muy escaso, el conocimiento de lo que hacemos actualmente en el campo de la ciencia interesará siempre a los hispanistas; para éstos es difícil enterarse de la situación real de España, ya que las historias de nuestra literatura, en este punto, apenas hacen más que citar nombres; y las informaciones hechas por extranjeros en algunas revistas contienen inevitables deficiencias de juicio.

Es seguro que los lectores—sobre todo los españoles—encontrarán omisiones en mi estudio; aunque me he informado de personas competentes cuando he tenido que escribir sobre los asuntos en que no puedo tener opinión propia,—que son los más naturalmente,—no habré evitado el ser incompleto. De lo único que puedo responder es de no haber sido injusto; las personas que cito llevan en general la calificación que deben. Para esta valoración he tenido en cuenta consejos de especialistas, tan interesados como yo en que este cuadro de la ciencia española en la actualidad ofreciese el necesario claroscuro, y en que el lector extranjero se representase con verdad lo que hoy hacemos en este aspecto de la civilización.

PRESCINDIENDO de algunas individualidades valiosas que se mueven en el fondo de las provincias, nuestra vida científica se desenvuelve en Madrid y Barcelona. Hablemos primeramente de Madrid, pues el movimiento

catalán obedece en realidad a causas muy distintas de las que condicionan la vida del resto de España.

DURANTE el siglo XIX, España apenas ha tenido producción científica que pudiese ser incorporada a la ciencia internacional. A fines del siglo comienzan a destacarse algunos nombres eminentes: Ramón y Cajal, histólogo, figura excepcional; en plano distinto figuraban, entre otros, Menéndez Pelayo, historiador de nuestra literatura; dentro de las ciencias naturales, Bolívar, Quiroga; en la química, Carracido; en la historia medioeval, Hinojosa; en el orientalismo, Codera y su escuela; en 1896 publica su primer libro Menéndez Pidal. En conjunto, empero, y en relación con el atraso general, esas individualidades, por valiosas que fuesen, no podían imprimir una tonalidad a la cultura nacional, ni, sobre todo, al conjunto de la instrucción pública.

El país sufría la pesadumbre de una tradición siniestra; los hombres más esclarecidos miraban con angustia los caminos reales del progreso, en todos sus aspectos (adelanto material, ciencias nuevas, evolución moral y política) y comprobaban doloridos que no se veían en ellos nombres españoles. De aquí surgió un pesimismo radical que aún extiende sus raíces al mo-

El árbol bueno

*Arbol grato: yo no te he sembrado;
yo no te he dado luz, ni aire;
y tú, generoso, piadoso, magnánimo,
me das sombra en el largo camino.
Sombra, perfume, cantos me das,
por cuanto no te ha dado mi egoísmo...
Si grabo en tu corteza mi nombre
te causaré una herida.
Te alzas de la tierra al cielo,
no como una protesta iracunda,
antes como una imploración a Dios.*

*Si alguien osa esgrimir el hacha
yo te defenderé—que tu eres pulmón del mundo
y consoladora medicina del cielo.
Si el leñador te tumba
para quemar tus ramas,
yo arderé contigo.
Y, mientras tú das a los vientos tu humo,
yo daré a Dios el humo de mi pensamiento,
árbol grato, árbol mío!... (Bajo tu sombra
queda firmada esta dulce promesa).*

AGUSTÍN ACOSTA

(El Figaro, Habana).

mento presente. Culmina aquel estado de ánimo en JOAQUÍN COSTA (1846-1911), espíritu admirable que con ademanes de profeta bíblico, intentó sacudir la inercia de la nación, a raíz del desastre de 1898. El programa de Costa era doble; de una parte fué él quien lanzó la palabra «europerización»; pero, fundamentalmente, a él se debe la fórmula «despensa y escuela»: el pueblo español está depauperado físicamente, y padece tremenda ignorancia.

Aparte de eso, Costa fué un investigador en el campo de la literatura, de la historia y del derecho. Mas en ninguna orden se lograron plenamente sus generosos esfuerzos; la tarea que se propuso era y sigue siendo muy superior a las posibilidades de una sola persona. Su nombre y su obra, no obstante, se yerguen severamente en el umbral de la España moderna.

Junto a Costa debe recordarse a otros que hacia 1900 agitaban en diversa forma la conciencia colectiva. Ganiwet († 1898), Picavea, Alas (Clarín) († 1901), y especialmente Unamuno, atraieron la atención pública sobre temas de la vida nacional, comenzando el análisis y la crítica de las causas de nuestro profundo decaimiento. Y en la prensa y aun en la pura literatura se fomentó la reflexión sobre el pasado y el presente (Maeztu, Azorín, Baroja). Ninguna de estas fuerzas y aun otras de menor significación, pueden dejar de tenerse en cuenta al estudiar los precedentes del resurgimiento a cuyos comienzos asistimos hoy. Pero al pensar en las causas más inmediatas del rumbo que actualmente toman el cultivo de la ciencia y de nuestra instrucción pública, hay que hablar especialmente de un hombre extraordinario: FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS (1843-1915). Ningún español sintió con más acuidad el dolor ante el atraso español; estaba dotado de una fortaleza excepcional, y al mismo tiempo se condolía, con alma de niño, ante las angustias del país, al cual consagró, con devoción no igualada por nadie, su trabajo y su corazón. Un ideal místico exaltó su espíritu, libre, por otra parte, de concretas preocupaciones religiosas; y así sembró devociones amistosas por todas partes, suscitando un vago espíritu de proselitismo en sus discípulos más inmediatos.

Prescindiendo de su ideal filosófico, Giner de los Ríos persiguió fines muy determinados en cuanto a la reorganización de la cultura nacional. En 1875 fué expulsado de la cátedra por sus ideas liberales, y desde entonces comenzó a pensar que la reforma de nuestra instrucción pública debía prepararse desde fuera de la universidad y de los organismos oficiales. A esto debió su origen la «Institución libre